

Sobre la dudosa claridad de algunas palabras

A propósito de los neologismos de la filosofía

José Antonio Pascual*

*A Valentín García Yebra,
apasionado cuidador de las palabras*

1. Economía en la expresión y dificultad de comprensión en el lenguaje especializado

Recurrir a un término especializado no sólo sirve para presentar con claridad el concepto a que éste se refiere, sino que nos ahorra también ese largo rodeo que estamos obligados a dar cuando tratamos de asuntos de una determinada disciplina con personas ajenas a ella. Servirse de un tecnicismo entraña una cierta comodidad para cualquier investigador, profesor o técnico; lo cual, en contrapartida, se convierte en un problema cuando estas personas lo han de emplear fuera del marco de su especialidad. Así, un filólogo puede escribir:

El resultado de las vocales medias abiertas latinovulgares, tal y como se refleja en las grafías de los documentos latinos medievales de León, no ha impedido a don Ramón Menéndez Pidal considerar que ahí la diptongación hubo de ser autóctona, como en castellano.

Para entender este pasaje no se requiere una gran capacidad de abstracción, pero sí se precisa conocer el valor que los historiadores de la lengua damos a algunas de estas palabras. Si alguien no lo conoce, tendremos que explicarle que en latín vulgar había siete vocales, de las que diptongaron la *e* y la *o* abiertas acentuadas. Tras esta y algunas explicaciones más, deberíamos añadir que tratamos de comprobar hechos de este tipo a través de los «errores» que se observan en los documentos latinos medievales, en épocas en que no se escribía aún en romance. Por otro lado, nos veríamos precisados a deshacer algunas ambigüedades que contiene ese texto que acabamos de citar, y rellenar a la vez de contenido no pocas elipsis: en este caso se ha hablado, por ejemplo, de diptongos, sin precisar que se trata de los del tipo *ie* y *ue* y de variantes suyas que no es necesario especificar ahora, y no de *ei* u *ou*. Y aun así habríamos de situar todo esto dentro de lo ocurrido en las lenguas romances occidentales, aclarando en qué consiste el método pidaliano de dar con los que parecen rasgos romances en los documentos latinos. ¿Sería imprudente que mostráramos después por dónde han discurrido los trabajos posteriores a don Ramón Menéndez Pidal...?

Con ello nos iríamos acercando a la posibilidad de comprender esa idea, innovadora en su tiempo: que en sus orígenes el leonés compartió con el castellano los diptongos *ie*

y *ue*. Pero suponiendo que hubiéramos atado todos los cabos y que las cosas se comprendieran sin dificultad, no por ello el lector podría dar ese paso adelante que supone pasar de la mera comprensión a la posibilidad de encontrar argumentos que mostraran las debilidades de esta explicación o la mejoraran, o sirvieran para salir de ella y pensar en otra... Pues para lograrlo habríamos de ampliar toda esta información, hasta conseguir que se entendieran estos argumentos de la manera como los entiende un especialista. Para éste, el hecho de que la diptongación no sea exclusiva del castellano no tiene importantes consecuencias sobre la formación de los dialectos hispánicos; del mismo modo que en la valoración que ha de hacer de los datos le ha de resultar algo tan natural como respirar partir de que la «e» abierta latinovulgar correspondía en el llamado latín clásico a una vocal breve, a la vez que le parecerá normal una forma inductivista de trabajo en la que se cuenta con hipótesis como la ley fonética, el equilibrio de los sistemas, el influjo del sustrato, la variación y hasta a esa mano invisible que actúa a veces en el cambio...

Las barreras que se levantan entre un especialista y las personas ajenas a esa especialidad se deben, en gran medida, a la cantidad de información implícita que lleva consigo cualquier aseveración. Son barreras que los profesores tratamos de ir derribando curso tras curso, cuando explicamos nuestras asignaturas.

Hay, sin embargo, ocasiones en que la incompreensión de un texto no es del tipo de la que acabo de señalar por medio de ese ejemplo construido sobre la diptongación leonesa, sino que tiene otra razón de ser, que ha explicado uno de los más atentos observadores del pulso de nuestra lengua, contrastando la oscuridad innecesaria de la jerga postiza del lenguaje burocrático, con el inevitable mal menor de la dificultad de comprensión de los tecnicismos:

Cuando uno dice «no se puede hipotizar un futuro» (en vez de «no se puede adivinar el porvenir») está enunciando una perogrullada con palabras inexistentes o rimbombantes. Ahí la llaneza le hubiera traído más cuenta. En cambio cuando un marino ordena «larga escota del trinquete; caza mayor el medio» es que no tiene otra manera de decirlo. Igual le pasa al médico si dice «la talasemia es una deficiencia en la producción de hemoglobina A». Ninguna de las tres frases citadas es llana; el hombre de la calle no las entendería. Pero las dos últimas son inevitables tecnicismos. Cualquier otra formulación en el habla vulgar sería peligrosamen-

* Real Academia Española, Madrid (España). Dirección para correspondencia: joseapascual@yahoo.es.

te vaga. El tecnicismo es un mal menor. El ideal sería que cada uno de nosotros conociese todos los vocabularios existentes en nuestra civilización. De hecho así ocurre en las sociedades primitivas, donde cualquiera puede dominar todas las terminologías peculiares [...]. Es la división del trabajo la que fragmenta el habla común en jergas, dejando únicamente un núcleo en la lengua general (Marqués de Tamarón 1993: 82).

Pero todavía se ha ido más lejos de la falta de llaneza a que se refiere el Marqués de Tamarón cuando se ha buscado la oscuridad para aplicarla como revulsivo contra la inercia en el empleo de las palabras y propiciar así que se releguen al olvido los usos del lenguaje en el pasado y se sustituyan por formas nuevas (T. W. Adorno 1971: 56, 57, 60). Aunque he de confesar que no logro ver de qué modo, por el hecho de desprendernos de la rémora que suponen las acuñaciones heredadas, el pensamiento llega a librarse del lastre del significado contenido en esta herencia, y mucho menos entiendo cómo se da con ello una ruptura con el dogma de que existe algo estable en el campo del pensamiento y consiguientemente del lenguaje. Lo único que se me presenta claro a este respecto es que la oscuridad connatural a algunos escritos filosóficos y parafilosóficos de nuestra época lo único que logra es dificultar su comprensión.

A las personas de mi generación, que, por motivos que no vienen ahora al caso, aprendimos a hablar entre líneas, llegó a parecernos normal que huyendo de la quema de las ideas toleradas cuando estudiábamos en la Universidad hubiera que levantar en determinadas conversaciones una barrera con la lengua coloquial. Eso permitía, por ejemplo, que el policía que se colaba, armado de libreta, lápiz, gubardina y sombrero, a los seminarios que daba don Enrique Tierno Galván en Salamanca no llegara a entender nada de lo se decía allí. Experimentábamos entonces un placer paralelo al que sentíamos transformando la lectura de determinados libros en una lucha por llegar a entender lo que querían decir, hasta que creíamos acceder a una comprensión más profunda de la realidad, cuando la mayor parte de las veces lo que lográbamos era descifrar una serie de acertijos encadenados que los conformaban. Si dudo mucho de haber llegado a entender una gran parte de las páginas de las obras traducidas de Theodor W. Adorno, algunas de ellas citadas aquí —*Minima moralia*, que no leí en español, fue una excepción a este respecto—, de lo que no me cabe la menor duda es de la sensación placentera que suponía ir descifrando poco a poco alguno de los enigmas contenidos en ellas; sensación tan fuerte o más que la que tuve la primera vez que me atreví a discrepar —y con cuánto miedo y moderación— de una etimología del *DCEC*. El paso del tiempo ha dado la vuelta a la piel de aquellas sensaciones, de forma que no encuentro el menor placer cada vez que me veo obligado a adentrarme por la dudosa claridad del contenido de obras que pretenden conciliar la exposición del pensamiento científico con la ruptura de las reglas de la gramática, que son precisamente las que hacen posible la claridad que debería buscar ese lenguaje.

2. La oscuridad como vehículo de expresión

Voy a fijarme sólo en uno de los tipos de reglas gramaticales, el referido a la formación de palabras. Conviene aclarar, sin embargo, antes de seguir más adelante, que a este respecto se atenta contra la claridad cuando se crean palabras a voleo, sin atender a las reglas de derivación, no cuando se cometen excesos en el recurso a los sufijos, como ocurre en los dos casos siguientes. El primero de don José Ortega y Gasset, cuya densidad sufijal le desagrada incluso a un orteguiano confeso como soy yo:

España es un problema *primario*, *plenario* y *perentorio* [J. Ortega y Gasset, cit. por I. Sotelo, *El País*, 5.9.2001: 12].

Por más que nada he de objetar sobre la comprensión de las palabras empleadas. El segundo caso lo componen unos cuantos fragmentos de un excelente y antiorteguiano escritor como es Fernando Savater —seleccionados de un artículo que ciertamente no es de los más cuidados suyos—, en los que se abusa de formaciones en *-dor* y en *-nte*, a lo que se añade una pequeña dosis de *-torio* e *-ivo* y de algunos sufijos más, pero sin salirse de las convenciones morfológicas de nuestra lengua; de forma que, guste o no, no crea problemas a la comprensión que, a mi juicio, se ha de exigir a un texto escrito:

... tras tantas iluminadoras caídas paulinas en la ruta a Damasco [...] su régimen es luz *inspiradora* [...]
 ... hacen falta curas de misa y olla no menos que *satanistas* [...] orientados exclusivamente a la *maximización* [...]
 ... en propugnar formas de riqueza *humanizadora* [...] no *calculables* [...]
 ... las oportunidades de emancipación individual frente al automatismo *tritador* de un sistema económico que funciona de manera *colectivizante*, aunque sus *rentabilizadores* sean grupos probados [...]
 ... el proceso *mundializador* [...] que no sea mera resistencia fragmentadora ante las pretensiones *globalizantes* del capitalismo [...]
 ... cualquier punto de vista *instituyente* de alcance *aunador* [...]
 ... los movimientos de clase tradicionalmente *sublevatorios* [...] las diversas identidades *autoafirmativas* que nuestra *posmodernidad* produce [...] [F. Savater, *El País*, 5.2.2002: 11].

En todo lo anterior no sufre el contenido, aunque chirríe la expresión por la desmesurada carga de sufijos. En lo que copio a continuación, en cambio, se nos va de las manos el contenido, como consecuencia del atentado que se perpetra contra las estructuras morfológicas de la lengua:

[...] la nación transicional ofrece su espacio *identificador* (y por tanto *reasegurador*), al mismo tiempo que transitivo o transitorio (por tanto abierto, *desinhibidor* y *creativo*) a los sujetos modernos: individuos irreduc-

tibles, ciudadanos susceptibles y potencialmente cosmopolitas [J. Kristeva, *ABC*, 8.12.92, «análisis»: ii].

Ese espacio *identificador* y, por tanto, *reasegurador* y a la vez *transitivo* o *transitorio* y, como consecuencia de esto último, *desinhibidor* y *creativo* no se merece que hagamos un esfuerzo para entenderlo, aunque perdamos con ello la *irreductible* y *susceptible* condición de ser sujetos modernos.

Más que las posibilidades derivativas de nuestra lengua, lo que falla es la conciencia de quien escribe —o, mejor, traduce— de que no basta con colocar un sufijo a una raíz para que surja de ahí una palabra con un significado además previsible. Un aprendiz de brujo de la traducción que no tenga en cuenta las reglas formativas de nuestra lengua puede contaminarla hasta lograr esa forma de incompreensión que consiste en que el lector tenga que darle vueltas a qué habrá pretendido decir, como nos ocurre con esa *nación transicional* que no sabemos si se trata de un tipo de nación actual que supusiera la transición entre las antiguas naciones y las futuras o si consiste en la transición de una nación que no sea un Estado a otra que sí lo sea... o ¡qué sé yo!

Tomando en serio el texto anterior —cosa que me cuesta mucho hacer— se podría llegar a pensar que esa pintoresca manera de allegar sufijos ha de tener un fundamento. Y, puestos a lucubrar, uno pensaría que la actitud del traductor de este texto es solidaria con la idea de T. W. Adorno citada antes de buscar la destrucción del lenguaje, como si éste fuera el diezmo que hubiéramos de pagar los lectores de determinados trabajos del ámbito de las humanidades para comprender más profundamente la realidad a que se dirigen. Aunque, más que una ruptura expresiva con el pasado, lo que delata esta manera de escribir es que se cuenta en ella con la existencia de una amplia base de coincidencias entre escritor y lector o, si se prefiere, una comunión de ideas, que permiten que lo escrito sea un mero guión cuyo contenido resulta fácil de rellenar para el convencido: algo en lo que los panfletos y los textos científicos muestran coincidencias sorprendentes. Es comprensible, aunque yo no lo defienda, que cuando el escritor se apoya excesivamente en las presuposiciones compartidas con el lector, desatienda el cuidado de los recursos de una lengua; por ello, es contra esta inercia de lo consabido donde entendería que nos esmeráramos en luchar en nuestros escritos quienes cultivamos las disciplinas humanísticas. A los autores de panfletos los considero irrecuperables.

El hecho es que la traducción citada del fragmento de Julia Kristeva nos conduce a la oscuridad sin más, de forma que el esfuerzo que hemos de hacer para tratar de comprenderlo se queda en esa acción misma, y no salta a una interpretación más profunda de la realidad. Si los seres humanos somos capaces de convertir lo que el lenguaje tiene de instrumento en una manifestación de nuestra esencia más íntima (K. Goldstein, *apud* W. Benjamín 2000: 43), lo que aquí se manifiesta es un pensamiento oscuro cuya capacidad innovadora no resulta fácil de detectar. En el fondo, se trata de una forma de desorientar al lector, que caracteriza el estilo de los proyectos de investigación, como es el caso del siguiente, que he cons-

truido por mi cuenta, para evitar que nadie se pueda sentir ofendido; pero del que nadie tampoco podrá decirme que no responde a los rasgos con que se va conformando este nuevo género literario:

De la convergencia entre Psicolingüística y Lingüística Computacional han surgido líneas de investigación orientadas al diseño de métodos de procesamiento incremental, que pueden entenderse como la implementación de modelos de la capacidad lingüística humana. El objetivo de la actividad de investigación que aquí se propone es especificar y desarrollar un sistema computacional de análisis incremental reutilizando las bases de datos léxicos y analizadores del Centro de Investigación de acogida. Junto a esta reutilización de recursos se desea, a partir de la revisión del estado del arte y el esquema que se ofrece en la presente memoria, avanzar en el estudio de las cuestiones más relevantes desde el punto de vista de la plausibilidad y eficacia de este tipo de analizadores. Se pretende, en concreto, evaluar las posibilidades de un modelo que combine conocimiento lexicalizado con probabilidades configuracionales, que acepte un cierto grado de paralelismo, o análisis alternativos, y que admita aplazar la combinación como máximo de un elemento. Para facilitar la integración incremental se contempla la conexión mediante hipótesis estructurales y el recurso a descripciones que permitan expresar enlaces de distinta fuerza y alterarlos de manera no destructiva.

Tenemos aquí una impostura intelectual construida con una información banal, que la oscuridad trata de hacer pasar por pura ciencia. El caso no es el mismo que el de la siguiente traducción de un texto de Adorno, filósofo tan citado aquí —por el que, me apresuro a decir, no he perdido mi admiración—, que sí me consta que ha sido escrito en serio —y traducido en serio también—, pero cuya comprensión resulta innecesariamente difícil:

Según uso positivista, el contenido, una vez fijado según la protoimagen de la proposición de protocolo, debería ser según esto indiferente a su exposición, y ésta tendría que ser convencional, no exigida por la cosa; y toda moción expresiva en la exposición es, para el instinto del purismo científico, peligrosa para una objetividad que saltaría a la vista sólo después de la retirada del sujeto, peligrosa por tanto también para la consumación de la cosa, la cual, supone, se afirmará tanto mejor cuanto menos apele al apoyo de la forma, a pesar de que la norma misma de ésta consiste precisamente en dar la cosa pura y sin añadido. En la alergia a las formas como puros accidentes, el espíritu científicista se acerca al tercamente dogmático. La palabra disparada irresponsablemente pretende ser prueba de espíritu de responsabilidad para con la cosa, y la reflexión sobre lo espiritual se convierte en privilegio del que carece de espíritu [M. Sacristán 1962: 13-14].

Son, como se habrá visto por los ejemplos anteriores, distintas las formas de lograr construir un texto incomprensible, pero todas ellas necesitadas de un antídoto como el que suponen las siguientes palabras que le espeta Sempronio a Calisto:

Deja, señor, esos rodeos, deja esas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di «aunque se ponga el sol», y sabrán todos lo que dices [Fernando de Rojas: *Celestina* VIII: 198].

3. La ruptura de las reglas morfológicas de una lengua

A pesar de mis prevenciones, aceptemos, si es ese nuestro deseo, que una lengua rompa radicalmente en un acto de escritura con su herencia, y hasta convengamos —lo que no veo nada claro— que ello contribuya a desmitologizar el pensamiento (T. W. Adorno 1971: 56); pero si al crear formas nuevas no se tienen en cuenta los moldes formativos de una lengua, más que esa desmitologización lo que logramos es una indómita y montaraz forma de poesía, cuando no a una mera incomprensión entre quienes están decididos a llegar de forma independiente a la verdad, sin intermediarios, como dio en sospechar el zapatero filósofo protagonista de una novela de Pérez de Ayala:

Belarmino quedó pensativo un punto. Que los filósofos hablaban una lengua especial, ya lo sabía él; pero le cabía la duda si cada filósofo hablaba una lengua distinta, inventada por él mismo, o si todos hablaban la misma. Si lo último, entonces los filósofos eran, evidentemente, seres privilegiados, que habían llegado a la verdad absoluta por medio de la revelación directa [R. Pérez de Ayala 1982: 199].

¿Se busca realmente un encuentro con la verdad absoluta por medio de una revelación directa propiciada por la ruptura de las reglas derivativas? ¿No se tratará del simple resultado de la inercia y del desconocimiento de los recursos morfológicos de una lengua? No lo sé, pero sí me atrevo a presentar una gradación en el aprovechamiento de tales recursos neológicos para conseguir estos fines, por mostrar así que no todo es criticable, que entre la ruptura total y el inconformismo más patente hay distintas posibilidades de creación de palabras en el lenguaje filosófico. Lo ejemplificaré por medio de algunos pasajes tomados de traducciones de Heidegger, Adorno y Quine, que cito a través del nombre de sus traductores, tres excelentes filósofos a los que admiro por distintas razones que no voy a exponer aquí: José Gaos y Jorge Eduardo Rivera, que tradujeron *Ser y tiempo* —el primero en 1951, aunque me sirva de una edición de 2000; el segundo en 1998, si bien acaba de reeditarse en 2003—; y Manuel Sacristán para los otros dos.

3.1. Se puede sacar punta a un sufijo, sin atender a las reglas formativas de una lengua: es lo que ocurrió con *entitativo* («cualidades entitativas del ente» o «sujetos entitativos»,

J. E. Rivera 1998: 153), voz con la que J. Gaos (2000: 230) no había tropezado: «los entes que son estos “sujetos”», a pesar de que estaba recogida en el Diccionario académico como tecnicismo filosófico desde su edición de 1936, a cuyo sagrado se acogió tras una pequeña espera de dos años en el *Diccionario manual* de 1927; con *existentivo* («es una modificación *existentiva* del uno», J. E. Rivera 1998: 154), que J. Gaos (2000: 147) había evitado también, optando por: «es una modificación existencial del “uno”», o con *voluntativo* («La teoría voluntativa de la existencia»), ahora de J. Gaos (2000: 230).

Cuando no se han tomado directamente del latín (cierro los ojos ante ese latín moderno *entitativus*), este sufijo hubiera debido aplicarse al participio pasado de un verbo; y ello tanto en la jerga filosófica como en la lengua común, donde asistimos a los mismos excesos:

Mi actividad *divertiva* —eso que hoy suele *neologizar*— se como hobby — [...] [F. Vega Díaz, *El País*, 10.9.92].

Parece como si por escapar del inglés todo sirviera. A quien no le complazca *hobby*, ahí tiene un *diversible*, que sólo presenta el inconveniente de haberse aplicado a la acepción de *diversión* relacionada con ‘desvío’; si por ese motivo no quiere aprovechar esa forma, podría construir otra atendiendo a *factitivo*, *repetitivo*, *competitivo* y *partitivo*, hasta llegar a «divertitivo». Porque cualquier cosa es preferible, *hobby* incluido, antes que ese engendro haplológico —si se me permite el neologismo—, *divertivo*.

3.2. Hay situaciones en que la creación es perfectamente aceptable, por más que podamos sentirnos sorprendidos porque no pertenezca a nuestros usos, como ocurre con *tenuidad* («Su invisibilidad [...] no se debe a la tenuidad de la materia»; C. López, *El País*, 10.6.94: 32), *exitosidad* («El premio Nobel es [...] un índice de la exitosidad científica por naciones»; J. Wagensberg, *El País*, 16.10.96: 36), *absurdidad* («es [...] una absurdidad total creer...»; M. Vargas Llosa, *El País*, 30.9.2000: 13; «la absurdidad»; R. Wilson 2002: 179), *nerviosidad* («hemos pasado alguna nerviosidad»; J. Ortega y Gasset, carta de 1939, publicada en *El Cultural*, 4.4.2001: 12) o *cabalidad* («no parece haber entendido la cabalidad»; M. Vargas Llosa, *El País*, 30.8.98: 11). Pudieran estas palabras no formar parte del acervo léxico de muchos españoles, pero no por ello han de resultarnos molestas ni mucho menos incomprensibles.

Igualmente se entiende que en algunas traducciones de textos filosóficos se pueda dar entrada a *inservibilidad* (J. E. Rivera 1998: 161); a *silenciosidad* («El *ser*-sí mismo propio en cuanto *silente* precisamente no dice “yo, yo”, sino que en su silenciosidad “*es*” el ente arrojado que él puede ser cuanto propio»; J. E. Rivera 1998: 340); a *analiticidad* («No todas las explicaciones de la analiticidad conocidas por Carnap [...]»; M. Sacristán 1984: 69); a *originariedad* («Regresión no significa originariedad»; M. Sacristán 1962b: 135) o a *intercambiabilidad* (M. Sacristán 1984: 95). Resultan problemáticos, en cambio, desde el punto de vista formativo: *ani-*

midad («la fuerza motora de la historia, de la *animidad*, la enigmática constitución [...] que interviene repetidamente en la historia [...]»; M. Sacristán 1962b: 65), que debiera haberse formado a partir de un sustantivo; *experienciabilidad* («la desproporción entre este mundo y su experienciabilidad»; M. Sacristán 1962b: 93), pues no existe un verbo *experienciar* que sirviera de intermediario entre *experiencia* y *experienciable*; así como *cuadratidad* («derivamos el atributo *cuadratidad*, o lo que equivale a lo mismo, *la clase de los cuadrados*»; M. Sacristán 1984: 119), caso este último en que no me parece ilícito que se adopte el sufijo *-idad* para expresar el operador ‘clase de’ por W. V. Quine y su traductor, siguiendo un camino parecido al que se ha recorrido en otras lenguas:

Concedo mucha importancia a la distinción tradicional entre términos generales y términos singulares abstractos, es decir, entre términos del tipo ‘cuadrado’ y términos del tipo ‘cuadratidad’; la distinción tiene relevancia ontológica: el uso del término general no nos obliga sin más a admitir en nuestra ontología la correspondiente entidad abstracta; en cambio el uso de un término singular abstracto, sujeto al comportamiento típico de los términos singulares, como puede ser el expresado en la ley de la identidad, nos obliga directamente a admitir una entidad abstracta denotada por el término [M. Sacristán 1984: 119].

Por más que sería más fácil de entender una distinción como la que se da entre *lo cuadrado* y *el cuadrado*, dado que *cuadratidad* nos orienta al significado ‘que tiene la cualidad o condición de’, no a lo que pertenece a la ‘clase de’.

Los propios filósofos dan prueba de que hay caminos más llevaderos para el lector que el bombardeo sufijal, que da lugar, por ejemplo, a la *nostridad*, que, como señaló don José Ortega y Gasset, «puede llamarse con un vocablo más usado: trato» (J. Ortega y Gasset 1989: 179). Por la *no-llamatividad* («El útil para ver y el útil para oír, como es, por ejemplo, el auricular del teléfono, tienen el carácter ya señalado de la no-llamatividad de lo inmediato a la mano»; J. E. Rivera 1998: 136) había pasado de largo José Gaos: «El útil para ver, e igual el útil para oír, por ejemplo, el auricular de teléfono, tiene ya el caracterizado “no sorprender” de lo inmediatamente “a la mano”»; J. Gaos 2000: 122), del mismo modo que había adoptado «condición de resistente» (J. Gaos 2000: 230) para lo que luego se prefirió *resistentidad* («Realidad es *resistencia*, o más exactamente “resistentidad” [Wiederständigkeit]; J. E. Rivera 1998: 230); tampoco tuvo problema en resolver por medio de *temporalidad* (J. Gaos 2000: 374) lo que Jorge Eduardo Rivera (1998: 362) ha traducido después por *temporeidad* («la temporeidad de la caída»). Estas distintas opciones que mantienen los dos traductores filósofos en el último ejemplo se dan en riguroso paralelismo con la elección del adjetivo que funciona como base de derivación: *temporal* («La exégesis temporal del comprender»; J. Gaos 2000: 372) y *tempóreo* («La interpretación tempórea del comprender [...]»; J. E. Rivera: 362). Para terminar citaré la *apertura*, que el último traductor de *Ser y tiempo* ha

adoptado como tecnicismo: «“abrir” [“*Erschliessen*”] y “apertura” [“*Erschlossenheit*”] son términos técnicos que estarán usados en adelante en el sentido de “dejar abierto” ~ “estado de lo que queda abierto”. “*Erschliessen*” no significará, por consiguiente, jamás lo que esta palabra puede significar también en alemán: “alcanzar mediatamente a través de una inferencia”»; «La disposición afectiva es un modo existencial fundamental de la *apertura* *cooriginaria* del mundo»; «la apertura del comprender»; «La patencia de esta última se funda en la apertura del todo remisional de la significatividad» (J. Rivera 1998: 102, 161, 167, 231).

Arriesgándose más que don José Gaos (2000: 231), que había buscado otra forma de referirse a esto: «“el estado de descubierto” de ésta se funda en el “estado de abierto” del todo de referencias de la significatividad».

3.3. Veamos, para terminar, cómo en una opción tan aparentemente sencilla como es echar mano para la jerga filosófica de un derivado diacrónicamente marcado, perteneciente al léxico pasivo, como es *acaecimiento*, supone una serie de renunciaciones que un traductor ha de ponderar. Se emplea esta voz para traducir un término que utiliza Heidegger con un sentido particular:

La palabra alemana *Ereignis* significa ordinariamente «acaecimiento» o cualquiera de sus sinónimos, como «suceso», «evento» o «acontecimiento» [...] [M. Garrido 2000: 15].

«Acaecimiento» es la forma que se prefiere para traducir otros textos, como en el caso siguiente: «se refiere a los datos sensibles como acaecimientos»; «La clase k, describir la cual es tarea empírica del gramático, es una clase de secuencias de fonemas, y cada fonema es una clase de breves acaecimientos» (M. Sacristán 1984: 72, 87). A esta opción o a la más rara, pero aceptable también, del sustantivo *acaecer* («identificar acaeceres momentáneos»; M. Sacristán 1984: 107), se ha llegado, no sin dejar de lado —razonablemente— otras opciones. Se ha prescindido así de la adaptación sustantiva de la que me parece la forma no marcada para la expresión de la acción verbal de que parten estos sustantivos, el sintagma *tener lugar*, que se hubiera podido actualizar como *lo que tiene lugar*. Se han evitado también —lo cual sigue siendo razonable— los derivados de *ocurrir*, *suced*, *acontecer* e incluso de *advenir*, pues funcionan ya con sentidos muy precisos: el significado más común de *ocurrencia* es ‘idea inesperada, pensamiento, dicho agudo u original que ocurre a la imaginación’; el de suceso lo podemos deducir del siguiente ejemplo: «aquellos sucesos lúgubres parecían yacer en la más completa ignorancia» (C. Martín Gaité 1999: 49); *acontecimiento* significa: ‘hecho o suceso, especialmente cuando reviste cierta importancia’, y el uso de *advenimiento* está revestido de cierta solemnidad. En estas condiciones, las dos palabras disponibles que quedaban eran *evento* y *acaecimiento*. La jerga lingüística ha preferido acercarse al inglés y apoyarse en la primera de ellas; la filosófica, con buen criterio, ha optado por la segunda.

4. Cierre

No he tratado de convertirme en juez de traductores. Cuando discrepo en las páginas anteriores de algunas formaciones de palabras construidas por traductores volcados concienzudamente y con pasión en su trabajo, no puedo olvidar el esfuerzo que han derrochado para lograr, tras profundos aciertos, volcar al castellano obras caracterizadas por su dificultad. Hemos visto que existe una gradación en cuanto a la aceptabilidad de los términos creados, debida no a razones estéticas, de uso o de distanciamiento de la lengua coloquial, sino al grado de respeto que se ha dado con relación a los mecanismos formativos de nuestra lengua. La invitación que me ha hecho *Panace@* para intervenir en esta tribuna la he aceptado no para escandalizarme por todo, sino para señalar que, aparte de ideas generales sobre la manera mejor o peor de escribir, sobre la necesaria adecuación de la neología a la realidad del uso, sobre los fueros de la tradición y los de la novedad, hemos de tener en cuenta al realizar nuestro trabajo de traductores que no se debe crear un término sin el conocimiento de los procedimientos derivativos de la lengua en que se ha de formar. Incluso para romper luego, si tal es nuestro deseo, con tales reglas.

Traducir supone un acto de creación en el que, tanto como en la obra original,

Apenas somos algo más que un puñado de palabras, en eso consistimos. Así como el haz de luz que el faro lanza sobre la embarcación permite que la divisemos, así el lenguaje nos hace visibles. Nuestras palabras nos iluminan, y cuando el viento barre unas, otras palabras vienen a ocupar el vacío [F. de Azúa, *El País*, 5.12.01].

Palabras que tienen la inestimable función de ser mediadoras de la claridad, es decir del pensamiento.

Obras citadas

T. W. Adorno 1962: *Notas de literatura* (trad. de Manuel Sacristán). Barcelona: Ariel.

- T. W. Adorno 1962b: *Prismas: La crítica de la cultura y la sociedad* (trad. de M. Sacristán). Barcelona: Ariel.
- T. W. Adorno 1971: *La ideología como lenguaje* (trad. de J. Pérez Corral). Madrid: Taurus.
- W. Benjamin 2000: *Problèmes de sociologie du langage*. En: *Oeuvres*, III. París: Gallimard.
- DCEC: J. Corominas: *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (4 vols.). Madrid: Gredos; 1954-1957.
- DRAE: Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa; 2001.
- J. Gaos 2000: véase M. Heidegger 2000.
- J. Garrido 2000b: véase M. Heidegger 2000b.
- M. Heidegger 2000: *El ser y el tiempo* (trad. de J. Gaos). México: FCE.
- M. Heidegger 1998: *El ser y el tiempo* (trad. de J. E. Rivera). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- M. Heidegger 2000b: *Tiempo y ser* (intr. de M. Garrido; trad. de M. Garrido, J. L. Molinuevo y F. Duque). Madrid: Tecnos.
- C. Martín Gaité 1999, trad. de E. de Queirós y R. Ortigão: *El misterio de la carretera de Sintra*. Barcelona: El Acantilado.
- J. Ortega y Gasset 1989: *El hombre y la gente*. En: *Obras completas*, VII. Madrid: Alianza; 69-272.
- W. V. Quine 1984: *Desde un punto de vista lógico* (trad. de M. Sacristán). Barcelona: Orbis.
- J. E. Rivera 1998: véase Heidegger 1998.
- F. de Rojas (y «Antiguo autor»): *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea* (ed. y estudio de F. J. Lobera et al.). Barcelona: Crítica; 2000.
- M. Sacristán 1962: véase T. W. Adorno 1962.
- M. Sacristán 1962b: véase T. W. Adorno 1962b.
- M. Sacristán 1984: véase W. van Quine 1984.
- Marqués de Tamarón 1993: «Ciencias, jergas y lenguaje». En: *El siglo xx y otras calamidades*. Jerez de la Frontera: Libros de Fin de Siglo.
- R. Wilson 2002: *Sólo una muerte en Lisboa* (trad. de Gabriel Dols Gallardo). Barcelona: RBA.

